

CONCHA FERNÁNDEZ In memoriam.

Fue una mujer dotada de una inteligencia privilegiada, una de estas inteligencias que de un vistazo conceptúan una situación gracias a un repetitivo ejercicio de analizar la realidad en los detalles. Una de sus cualidades era precisamente prestar atención a los detalles, como si la esencia de las cosas se manifestara en lo fortuito o lo trivial.

Esta visión penetrante la aplicaba a todo, sin excepciones, a lo cercano y a lo lejano, y hubiera podido caer en el pesimismo vital si no fuera que poseía de natural un sentido del humor que la salvaba. Humor sagaz, humor ingenuo, humor que también podía ser cáustico, o como mínimo mordaz, todas las cuerdas del humor las tenía como posibilidad, pero también sabía que debía habituarse a las tonalidades cariñosas del humor, y evitar las hirientes, pues por encima de todo era persona instalada en el respeto y en cierta dulzura bondadosa.

¿Cómo definir respeto? Tal vez la manera más sencilla sea entender por respeto el conferir a los demás la misma importancia que me doy a mí mismo. El respeto es virtud que evita las consideraciones metafísicas de otra palabra que le va muy junta, la dignidad. La palabra respeto es mas paladina, mas directa y mas contundente. Cuando me respetas me das dignidad, y me respetas si me consideras como igual.

Respetar a los demás es el primer paso para quererlos, porque no hay querencia que deje poso si no se asiente en el respeto. Cuando alguien ama sin respetar probablemente puede trocar ese amor en odio o rencor con una facilidad asombrosa. Este trasunto lo estudió en profundidad el psicoanálisis de postguerra y en muchos sentidos continúa siendo válido. El querer como pasión se revuelve contrariado en odio o rencor. Por ello el respeto es tan importante, nos evita este vuelco tan fácil en el alma humana. Concha estaba instalada en un profundo respeto por el ser humano en general y el ser humano que sufre, en concreto. Y nada hace tanto al médico como su actitud ante el sufrimiento.

Mucha literatura anglosajona celebra la compasión como la virtud por excelencia del médico. No creo que Concha estuviera de acuerdo. En el compadecer hay una asimetría entre el que padece y el que compadece, una asimetría que nos hace diferentes cuando en realidad estamos todos en el mismo barco, y las campanas siempre redoblan para ti y para mí. Por eso Concha introducía el humor en las relaciones personales, un humor compartido y que le hacía semejante y no distante al paciente. Su capacidad de encontrar los ángulos más cómicos era de tal envergadura que de quererlo nos podía fácilmente avergonzar, pero no era su estilo, al contrario; si algo notabas era un fondo de dulzura para todo lo humano. Solo era intolerante con la impostura, con el orador que habla alto para complacerse con su eco, con el engolado y el petulante. Con sus notas de humor Concha realizaba su peculiar sentido de la vida. Somos perecederos, venía a decir, pero capaces de reírnos del poderoso, y del poderoso destino. Con esta risa hacía suya la tesis estoica de una libertad que nadie le podía robar, el orgullo de no bajar la cabeza.

En un pequeño libro de Sartre titulado el existencialismo es humanismo, este filósofo nos propone que la causa fundamental de angustia del hombre es la libertad, el tener que elegir. Por ello una de las tentaciones constantes es creernos con menos libertad de la que realmente tenemos, hacernos los mártires, "fíjate lo mal que nos trata la empresa", etc. Concha no participaba de este pecado, para ella el mundo era mundo de posibilidades. Y tampoco rehuía los compromisos como demostró en las primeras movilizaciones de la especialidad, cuando nos encontrábamos en su piso de Lavapies, creo recordar, y cenábamos con Esteban disfrutando de un maravilloso vino de Alella marfil, en las bambalinas de una manifestación, una huelga o unas negociaciones sempiternas con el Ministerio. Concha era un contrapunto de realismo, sobriedad, temperancia, pero igualmente representaba el espíritu combativo y de inteligente ingenuidad de aquella generación.

Para cambiar nuestra sociedad mucho necesitamos de inteligente ingenuidad. La ingenuidad es ante todo una pregunta incómoda: ¿por qué las cosas no debieran funcionar de otra manera?, ¿por qué las personas y tu y yo no deberíamos actuar sin dobleces, creyéndonos lo que decimos creer? Cuando adoptamos esta perspectiva de inteligente ingenuidad muchos argumentos justificativos y rocamboleros desaparecen por arte de magia. La ingenuidad es una arma terrible en manos de alguien que además sepa usarla con humor, y esa combinación la tenía Concha. ¿Y si por un momento suponemos que hiciéramos lo que –simplemente– se supone que es nuestro deber? A Concha le encantaba la rutina heroica, es decir, el hacer calladamente lo que es nuestro deber sin aspavientos ni tampoco reclamando medallas, por eso su profesionalidad solo la percibía quien la veía un día y otro, sin proclamas ni ruidos. Creo que es un estilo que casa muy bien con el estilo de médico de familia. Sabemos perfectamente que nuestra opción profesional no está en el proscenio de la vida pública, ni entre flashes de estrellatos mediáticos, sino en el trabajo que apreciará el paciente anónimo, los ancianos, el inmigrante, la gente más necesitada. El premio que recibimos es un agradecimiento igualmente silencioso, de puertas adentro. Por ello el médico de familia configura un sistema de valores diferente al que configura el especialista. No tenemos la ansiedad por el estatus, que decía Alain de Bottom, lo pretencioso nos es ajeno, somos gente que podemos continuar siendo sencilla, como en realidad vinimos al mundo, porque hemos renunciado a una carrera de aparentar lo que no somos, y ni siquiera queremos aparentar lo mucho que somos. Eso proporciona una ligereza de equipaje que a la larga se agradece, porque en las relaciones sociales podemos reír o llorar con la máxima espontaneidad. Los encuentros del Grupo C y S son un ejemplo de esta espontaneidad, no exenta de responsabilidad, quede claro.

Sartre aludía a algo de esto cuando denunciaba la mala fe y el vivir maliciosamente, algo que probablemente él mismo practicó en su existencia. La mala fe consiste en aparentar lo que no somos y además en creérnoslo. El médico de familia es muy afortunado porque renuncia al aplauso, a los premios, al reconocimiento académico, (¿alguien se imagina un médico de familia recogiendo el Nóbel de Medicina?), y todo eso nos proporciona autenticidad, libertad de expresar lo que sentimos. ¿Alguien se imagina un psicólogo diciéndole a un paciente: “usted está destrozando su vida y de usted depende no hacerlo”? Lo mas probable es que de varios rodeos, que trate que sea el propio paciente que lo descubra, etc. Pero el paciente agradece que en ocasiones alguien le ponga al frente de su vida, le confronte con su vida, sin brutalidad pero si con mucha claridad, y ese alguien debe ser una persona a su vez ingenua y auténtica, que sea capaz de hacer eso mismo con su vida, alguien por tanto muy honesto con lo que es y quiere ser, con sus sentimientos y capaz de dar sentido a su vida. Los médicos de familia podemos confrontar a los pacientes desde la confianza que nos dan, pero sobre todo por la autenticidad con la que solemos vivir nuestra propia vida y nuestra profesión. Limitar nuestras ambiciones es una manera de retener honestidad, no debiéramos olvidarlo, y encontrarnos con nosotros mismos. No todos los médicos de familia son así, claro está, pero sí una mayoría, y entre esa mayoría, Concha. Por eso quien conocía a Concha adivinaba esta cualidad de persona encontrada consigo misma, persona bien instalada en una manera de vivir, dulce y perspicaz, ingenua y profunda. Todo ello se reflejaba en su proceder como médico.

Concha, no te olvidaremos, personas como tú desde la sencillez de su vida dejan un hueco enorme que nada ni nadie puede colmar. Como decían los romanos, que la tierra te abrace con el cariño con que tú la amaste. Y desde este otro lugar en el que te hallas, oigo que me responde con otra sentencia romana: *¡carpe diem!* para los que se quedan. Gracias por tu cariño.

Francesc Borrell

Sant Pere de Ribes, 20 Abril 2010.